

PERDONAR LAS INJURIAS

Por el Antiguo Testamento conocemos el mandato de Yahveh; Escuchar, Oír su Palabra:

En la plenitud de los tiempos nos envía a su Hijo, Primogénito, Elegido y Amado, Nuestro Señor, Jesucristo, única revelación de Dios a los hombres. Nos trae la nueva Ley del Amor el perdón y la misericordia, para que le obedezcamos.

Este es mi Hijo amado a El debéis escuchar. (Mt 3, 17). Y una voz que salía de lo cielos decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”. (Mt 17,5) Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle”. (Mc 9,7) Entonces se formó una nube que les cubrió con su sombra, y vino una voz desde la nube: “Este es mi Hijo, amado, escuchadle” (Lc 9,35) Y vino una voz desde la nube, que decía: “Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle” (Jn 2,5) Dice su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os diga” (2P1,17-18) (17) Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: “Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco” (18) Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo.

Recordemos algunos versículos de las Sagradas Escrituras

(Ex 20,6) tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos.

(Dt 5,10) tengo misericordia por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos

(1M 13,46) “No nos trates, les decían, según nuestras maldades, sino según tu misericordia”

(Sb 12,22b) al ser juzgados, esperemos tu misericordia. (St 2,13) Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio.

(Eclo 47,22a) Pero el Señor no renuncia jamás a su misericordia, no deja que se pierdan sus palabras.

(Os 6,6) Porque yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos

(Mt 5, 11) Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.

(Mt5, 44) Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen.

(Mt 18,21-22) Pedro se acercó entonces y le dijo: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? ”Dícele Jesús: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”

(Mt 18,35) Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”

(Lc 5,21b) ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?

(Lc 6,36-37) “Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados.

(Ef 2,4) Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó.

(1P 8,-9) (8) En conclusión, tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. (9) No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición.

Este año celebramos el Año de la Misericordia y el magisterio de la Santa Madre Iglesia nos orienta sobre las obras de Misericordia Espirituales que establece en siete. De entre ellas “Perdonar las injurias”, cumple el mandato del Señor.

Y, qué podemos decir sobre el perdón de las injurias. Abramos nuestra mente y el corazón. Cuando perdonamos las ofensas que nos hacen “nos divinizamos”, pues el perdón es un privilegio divino ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?

(Lc 5,21b). No es que nos hagamos Dios, sino que obramos ¡lo mismo que hace Dios nuestro Padre con nosotros! Como nos dirá San León Magno “si Dios es amor, la caridad no puede tener fronteras, ya que la Divinidad no admite verse encerrada por ningún término” Dios es amor, misericordia y perdón, pero, recordad, ¡infinito, porque Dios es infinito en todo! No lo empobrecamos con nuestros criterios humanos.

Fijemos nuestra mirada en Cristo, en su humanidad, en la cruz; no le bastó con perdonar a los que le estaban ultrajando y crucificando cuando dijo: “Padre perdónales”, sino que llegó al culmen del amor, justificándolos “porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 24). No digamos nunca, perdono, pero no olvido. Quien así se manifiesta no ha perdonado de corazón.

Así, igualmente lo manifestó su siervo diácono y protomártir Esteban, cuando lleno del Espíritu Santo, rogó por los que le estaban apedreando: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado” (Hch 7,59s)

Cuando perdonamos a nuestros enemigos, a quienes nos persigan, ultrajen y ofendan, no dudemos que lo podemos, si estamos llenos de Dios. Concedamos, por nuestra parte, lo que la bondad de Dios nos concedió a nosotros.

¡Tengamos las entrañas de misericordia de Cristo rogando por ellos, cuando nos injurien, ofendan o persigan!